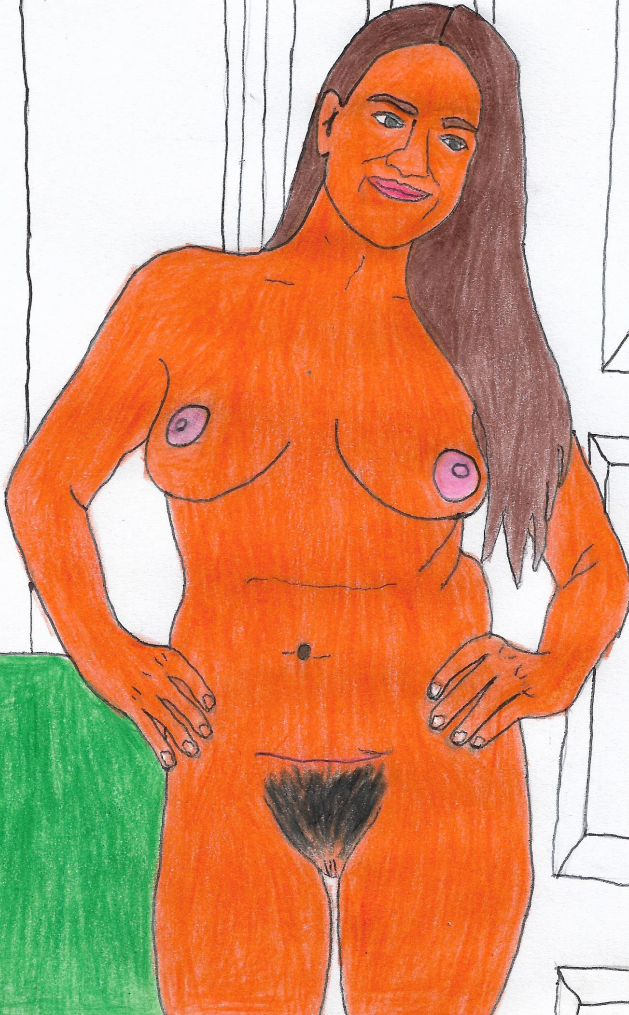


# REVISTA LITERARIA

No. 9 - Marzo 2021



# **Fiesta**

Cuento de Ernestino

Página 3

# **Alrededor de la piscina**

Fragmento de novelita de  
Nathalie HC

Página 19

# **Por dos pesos muertos**

Cuento de  
Mauricio Garolfi Santos

Página 29

Rogelio Sandunga miró de pronto a su alrededor, en todas las direcciones posibles, y pensó:

“Acá no hay nadie...”

Y luego de titubear unos instantes se bajó los lienzos y peló la tararira. Los pendejos de Sandunga eran ya blancos, pues el hombre estaba en los sesentailargos. Pero disfrutaba de la masturbación como cuando era niño, y se cogía a un almohadón maravilloso. El viejo recordó, entre excitado y melancólico, que luego de acabar siempre se iba corriendo a la cocina a comer un pote de arroz con leche, con abundante canela.

Justo cuando la leche se estaba por escapar del pequeño agujero de la cabeza de la chota de Rogelio, irrumpió en la sala Nidia Barceló. Sandunga se exaltó, pero sólo por un instante, porque la mujer, lejos de escandalizarse, exclamó:

-¡Con que esas tenemos! - y sentándose en una silla cercana, se despojó velozmente de su musculosa, luego de su brasier, y comenzó a masajearse las lolas, que eran de un tamaño moderado, con pezones color grana. Sandunga, aunque acababa de acabar, volvió a estar pija dura, y atendiendo religiosamente al mandato de su falo, comenzó a vestir y desvestir nuevamente.

-¿No sería ideal un arroz con leche?  
-inquirió a la mujer, que comenzaba a gemir.

-Ay, ay, ay -chilló Barceló antes de replicar: Personalmente prefiero un baño de chocolate. Si tuviéramos chocolate ¿me embadurnaría todo el cuerpo, señor Sandunga?

-Por supuesto mi bella dama -confirmó el otro.

# Fiesta

Ernestino

-Bien, bien embadurnada... -especificó Nidia, que ahora se pellizcaba distintas zonas de las ubres, dejándose pequeños moretones morados.

-Bien, bien cubierta... Ahhh -jadeó Sandunga, e imaginó a su próstata trabajando, a todo vapor.

-¿Quieres verme el ano? -propuso entonces Barceló.

-Sería todo un honor... Creo señorita que usted está cambiando sensiblemente mi tiempo refractario. Ahhhh

Nidia Barceló se sacó la pollera, con cierta dificultad, pues era bien ajustada, y dejó al descubierto su hermosa parte baja. Una tanguita azul eléctrico casi hace estallar la cabeza violácea del caballero Rogelio. Se la sacó lentamente, dejándose los tacos. Se subió a la silla en cuatro patas, y se inclinó.

-Ay... querida -exclamó Rogelio.

-Lo sé... lo sé... -susurró ella lascivamente - Y pensar que de este hermoso ojo salen tantas asquerosidades...

-Es muy chancha, querida ¿no es eso?

-No se imagina cuánto, Rogelio...

En eso apareció el bonachón Beto Achugar. Mejor dicho, primero entró su panza, y segundos después el resto de su persona. Los otros se sorprendieron levemente. El nuevo, sin mediar palabra, sonrió y se levantó la camisa, dejando ver la buzada de vino, y, bajándose todo, se dirigió directamente al rabo oscuro y profundo que Nidia ofrecía a quien gustase. La penetró con un pene corto pero gordo, y extrañamente oscuro, tomando en cuenta que su dueño era persona mayormente caucásica.

-Uhhh Beto... -exclamó Barceló, agradecida, y llenó la concha vacía con una mano, que hizo acordar a la cabeza de una boa.

-¿Como está esa cola? -preguntó Sandunga a su compañero.

-Peluda y expectante... -repuso Beto - ¿Y su tararira?

-Históricamente activa...

Rogelio se paró, y trotó hasta las nalgas de Achugar. Y haciendo mucha fuerza, presionó su miembro hasta que pudo ingresar a la cueva.

-Ulaláaaa -celebró Beto, extasiado - ¡Qué pescado rabioso!

-¿Le gusta, doctor?

-Me fascina.

-Ay, ay, la del doctor es corta pero vivaz -expuso Nidia a sus camaradas – y creo que va a explotar en cualquier momento...

-¡No tan rápido! -exclamó Magela Manrique, ingresando al trote en la sala. Era una mujer alta, morocha, y de movimientos gráciles. Se puso en cuclillas, reventó los botones de su camisa, y presentó sus pechos, descomunales para su delgadez, suplicando: - ¡Acábenme todo en las tetas!

Rogelio Sandunga se la metió unas quince veces más al bueno de Beto, acelerando a medida que llegaba al climax, y en llegando, sacó la tararira con rapidez, apuntándola a las lolas de la flamante compañera.

-¡Qué surtidor! - comentó Achugar, con un poquito de envidia, mientras su ano pasaba de un dilatado buraco sin fondo al asterisco púrpura de siempre, ceñido de enredaderas de vellos.

Magela Manrique tomó la tararira con una mano fuerte, y extrajo el resto del jugo con un chupón radical, que provocó en Sandunga el reflejo de inclinarse y besarle la frente.

Beto Achugar salió de la cueva de Nidia, que puso los ojos en blanco, y en vez de acabar también, se apuró a ponerse como perrito y lamer el semen de las ubres de Manrique, que jadeaba metiéndose un dedo solitario en el ojete, preparándolo para una futura acción que anhelaba.

-¿Quién me rompe el culo? - preguntó, entonces.

-¡Yo! - dijo al instante Beto, limpiándose el bigote.

-No... -se negó Magela – Quiero... ¡Quiero que me rompa bien el orto una mujer! Señora... tengo un dildo con arnés en la cartera... ¿Gustaría?

-Señorita... -aclaró altivamente Nidia – Pero desde luego acepto.

Nidia Barceló levantó una pierna, luego la otra, mientras su compañera le colocaba la verga con cinto. Quedó justo a la altura de la vulva. Ambas mujeres se pusieron en cuatro, y Manrique pidió lubricación. El siempre solícito Beto Achugar le

dio unos lenguetazos en el tajo, dejándole, además de una saliva razonable, restos de la leche cuajada de Sandunga.

-¿Y bien? - susurró Magela, mirando con adoración a Barceló.

Nidia la penetró, mientras, para no quedarse sin fiesta, metía una mano por debajo del artilugio, y se acariciaba los labios sonrosados.

Estér Villalonga entró tímidamente.

-¿Hay lugar para una vieja reblandecida? -indagó a la comitiva.

-¡Siempre! -aseguró triunfalmente Beto, y se le paró la chota.

La nueva integrante se desnudó en un santiamén, y como si ya supiera de antemano lo que tenía que hacer, tumbó en el suelo su cuerpo sensualmente flácido. Comenzó una felatio prodigiosa a Achugar, que se acercó maravillado de su suerte, al tiempo que Sandunga también se tiraba, para lamer la cajeta de la mujer.

En tanto, Barceló casi rozaba el cuello del útero de Magela con la poronga de goma. A su vez llenaba su propia cueva viscosa con una mano endiablada e incesante, que no se acalabraba con nada. Lanzó un grito agudo por el roce furioso con sus paredes, y luego quedó con expresión atontada por un largo rato, sin poder evitar sacar la lengua como un perro exhausto.

-¡Chirlos! -exigió Magela.

Esto hizo reaccionar un poco a la cogedora, que cacheteó con ganas, hasta enrojecer las nalgas succulentas de la Manrique. El ano de esta ganaba dimensiones nunca antes logradas, y arrancaba también alaridos supremos. No podía masajearse su clítoris, de tanto que le temblaban las manos. Total que ambas mantuvieron ese movimiento, como presas de una secuencia inalterable, hasta que se acabaron hasta los codos, simultáneamente.

-¡Bravo! - celebró Rogelio, cuya tararira había revivido, y se disponía a depositarla en la asfixiante vagina de Villalonga. Los labios de la misma casi que aplaudían, carnosos y arrugados,

veteranos de mil batallas, pero siempre siempre ávidos de más.

Sandunga golpeó con el glande hinchado las puertas del paraíso, varias veces.

-¿Quién anda ahí? -susurró Estér, entre risitas ahogadas.

-Buen día doña Vagina -saludó Rogelio -. Soy doña Tararira, su vecina... ¿Me permitiría entrar?..

-Mmmmm... doña Tararira -jadeó Villalonga, titubeando para mayor placer – ¿La dejo o no la dejo?..

-Doña Vagina ... -exclamó Sandunga, con el mentón temblándole, y sin dejar de golpear la puerta con la cabeza – No sea cruel...

-Mmmmm... ¿la dejo? ji ji ji...

-Mire que acá afuera está por desatarse una tempestad...

-Mmmmm... ¡Entonces entre! -cedió al fin Estér.

Rogelio la penetró hasta el fondo, y no paró hasta llegar a quinientos vergazos. Villalonga aulló toda la sesión, hasta que unas lagrimitas de alegría se le escaparon de ambos ojos. Sandunga sacó el pescado rabioso a tiempo, para largar la porquería en el abdomen maduro y sensual de la veterana. La leche se metió en el profundo ombligo como en una boca de tormenta. Estér se sorprendió a sí misma chupándose un dedo, mirando este espectáculo. Se puso en pie y miró en derredor, dispuesta a atender los morbos de quien sea.

Aquí hizo su aparición Daisy Urrutia, mujer transgénero.

-¡Bendita seas! -exclamó Beto al reconocerla. Y corriendo hacia ella le dio un largo beso de lengua. Tenía que ponerse en puntitas de pie pues Daisy le llevaba al menos una cabeza. Daisy recorrió con sus manos llenas de anillos la ancha y peluda espalda de oso de Achugar. Este se fue excitando, y, para su alivio, vio que la muchachita ya se ponía en bolas. Con una fuerza inopinada, la chica dio vuelta a Beto en el aire, y se pusieron en posición para un 69 de parados.

Se halagaron graciosamente, Beto sintiendo cómo la sangre le bajaba a la cabeza, pero sus palabras terminaron ahogadas cuando ambos penes entraron en las bocas. Ahora se oían balbuceos entre mares de baba, y arcadas.

-Esto merece una pintura... ¡Ay! -gimió Sandunga, pues

había recibido un chirlo fortísimo. Alguien lo agarró de los brazos y lo puso en cuatro. Era Barceló. Le almibaró el ano con profesionalismo, y le metió el pene de goma -Ahhh...

-Sí, sí... -decía la concupiscente Nidia - Así... ¡Así! ¡Aullá potranquito! ¡Ahora sos mi potranquito! ¡No es así!

-Ay, ay, sí, sí... -confirmó Rogelio, en el éxtasis -soy un potranquito dócil y mimoso...

-Eso está bien...

Golpearon la puerta.

Daisy se sacó la pija corta pero gorda de Beto Achugar de la boca y torció la mirada. Era su amigo Milton Alonso.

-¡Ay, pasá querido!

Milton era un hombre trans. De baja estatura, con cara angelical pero forzando un semblante rudo, pelo rapado y hermosas tetas abajo de un saco de oficina. Su mirada se posó de inmediato en la verga de goma que tenía puesta Nidia Barceló. Se bajó sólo el pantalón, mostrando unas piernas peludas y una vulva inextricable, tras el monte de venus más poblado jamás visto.

-Quiero un puto para cogérmelo -musitó.

-Ya te lo entrego -dijo Nidia, refiriéndose a Sandunga, y le dio a este un chirlo más.

Pero Magela tenía otros planes. Se fue hasta el recién llegado y le refregó las nalgas contra la selva de venus. Milton ni se inmutó con esto, pero la dio vuelta tomándola fuerte de sus caderas, y le metió la lengua hasta la garganta. Luego el hombre se apoderó del cuello de Manrique, al parecer dispuesto a comérselo.

-¡Ay, vampiro! -exclamó Magela, con una risita extraña, mientras arrimaba unos dedos a la vulva de su pareja.

Milton la reprendió con un manotazo, y la puso culo pa arriba, oliéndole primero todo el ano. Chupándose a gusto luego.

-Maravill... -iba a decir el Oso Achugar, pero Daisy lo cortó metiéndole los huevos.

-Gagaguilla -terminó por decir, echando hilos de saliva que iban a parar a sus párpados.



Estér Villalonga quedó unos instantes desconcertada, sin partener, sin acción, pero al darse vuelta se topó con un hombre fornido, pardo, y de mostacho recién cortado.

-¡Dardo! -graznó la vieja.

Dardo Fleitas ya estaba desnudo, a excepción de unas botas de obrero. Con destreza subió a la veterana a caballito, y comenzaron a cabalgar a pelo.

-¡Ay! -celebró ella, notando que un pionono se metía en su túnel – ¡Esta fiesta no decae!

Nidia dio un último vergazo a Rogelio, y al retirarse dejó respirar a la aureola negra. Milton entonces abandonó el ano de Manrique, se acercó a Barceló, le dio un fugaz beso de lengua, y con delicadeza la despojó del arnés.

-Ahora el potranquito es mio -musitó.

-¡Amén! -celebró Sandunga, levantando los brazos, simulando a un caballo.

Cuando las dos mujeres quedaron de frente, comiéndose con la mirada, pensando instintivamente en una tijera, se abrieron ruidosamente las puertas, y apareció Tita Barberón, que tenía sus propias ambiciones.

Tomó a ambas de los pelos y dictaminó:

-Ahora son mis perras. Vos me chupás la concha y vos el culo.

-¡Sí señora! – dijeron al unísono Manrique y Barceló, dóciles como dos dalmantas, y atacaron los genitales de la recién llegada.

-¡Por favor, acabáme adentro! -imploraba, en tanto, Estér Villalonga, al notar que el pionono de Dardo estaba por explotar.

Fleitas apretó la mandíbula, y, en el cuello, la vena yugular se marcó, parecida a una lombriz obesa. Luego jadeó largamente. Se estaba corriendo dentro de la veterana. Estér puso los ojos en blanco, mientras también suspiraba, con una dicha suprema.

Luego de acaso un minuto, Dardo extrajo el pionono, y una catarata de leche espesa cayó de las profundidades de la vagina de la vieja reblandecida. Tanto el Oso Achugar como

Daisy, suspendieron el 69, y corrieron a beber de la fuente.

-Manjar -dictaminó Beto.

Tita se balanceaba para mayor placer, con las lenguas de sus mujeres trabajando arriba y abajo. Ella misma se estimulaba el clítoris, con movimientos muy originales de su dedo mayor. De pronto levantó la vista, y exclamó:

-¡Venga ese pionono!

Dardo no lo dudó y se fue donde la señora. Esta sobó ruidosamente el falo aún duro de Fleitas, y la lombriz obesa palpité amenazante.

Luego de cinco minutos de fricción ininterrumpida del cuarteto, Dardo se vino nuevamente, y las tres mujeres se pusieron como un coro para recibir la porquería en sus lenguas. Acto seguido, Barberón cazó de la nuca a Dardo, y, aullando atronadoramente, despidió un largo chorro de fluido vaginal que empapó la cara del hombre.

-¡Alegría!

Nidia y Magela, emocionadas por la secuencia, tragarón la leche, y se encastraron por fin, rodando por el suelo pegajoso.

-Este culo ya está roto... -dijo decepcionado el Vampiro Alonso, abandonando el pozo de Sandunga. Levantó la vista y vio al Oso y a Daisy bebiendo ávidamente de los genitales de Estér. -¡Busco culo!

Daisy y Beto comenzaron una graciosa carrera, trastabillando con el lodazal y con otros cuerpos. Urrutia ganó la partida.

-Me alegro... -susurró el Vampiro con impudicia - Debo admitir que desde que llegué te codiciaba a vos...

-Aquí estoy -repuso Daisy, poniéndose inmediatamente en cuatro y sacando la lengua -soy toda tuya...

Comenzaron un perrito frenético, al punto que los huevos de Urrutia pegaban contra la jungla de venus de Milton. El dildo había generado una crema de quién sabe cuántos fluidos entremezclados, que actuaba como ingrediente mágico.

Stefi Pons hizo acto de presencia, descalza, con las chatitas en la mano. Cuando Dardo, que tenía un fuerte fetiche, vio sus hermosos pies con uñas pintadas de violeta, cayó de rodillas. La

mujer no esperó que le suplicaran. Se acercó a su adorador y le aprisionó la cabeza contra el suelo con una planta. Dardo esnifó desesperado, como si aquello fuera indispensable para sobrevivir.

-¿Puedo? -inquirió luego, asomando una lengua de búfalo.

Stefi asintió con una sonrisa de gata dominante, y Fleitas lamió hasta cansarse, mientras se masturbaba con una de las chatitas, atravesándola en su verga otra vez erecta.

Roberta Barberón descubrió a sus pupilas en plena tijera. En un principio pensó en retarlas, pero luego decidió contemplarlas, orgullosa. Ya las pondría en vereda. Pero su contemplación fue interrumpida por Villalonga, que quería su propio encastre. Berta aceptó con la condición de que antes la reblandecida le chupara bien el ano.

Daisy no pudo evitar quedar pija dura, mientras el Vampiro le dejaba el culo a la miseria. Se masturbó con fiereza, lastimándose la cabeza con los anillos. Aulló agudamente, pero recibió un churrasco de Milton:

-¡Silencio putito!

La verga de goma ahora tenía indicios de materia fecal, pero a Alonso no parecía molestarle. Cambiaron a misionero, y, mientras garchaban, jugaban espadachines con sus lenguas, babeándose los mentones y los cuellos.

Nidia se vino violentamente, dando con el chorro en el ojo a Magela, quien se lo tapó con una mano, sorprendida. Cuando pudo abrirlo, le informaron que estaba inyectado en sangre, por lo que Beto le ofreció un parche de pirata.

La tijera de sus vecinas no era menos intensa. Tita Barberón tenía un clítoris del tamaño de un pene chiquito. Se lo metía literalmente a Estér, que no entendía qué había hecho para ser tan afortunada. Las veteranas aullaban, se sonreían lagrimeando. Estaban en la plenitud de su vida sexual. Difícilmente podrá verse tijera más estética y emotiva a la vez.

Rogelio Sandunga andaba en las gestiones de volver a ensartar a Beto, pero el Oso sorprendió a todos tirándose en el suelo, y haciendo, o intentando hacer, una maniobra propia del hombre elástico. ¡Quería mamarse su propia verga! Pero,

naturalmente, no llegaba. La principal detractora de esta iniciativa era su buzarda de viejo próspero y vicioso.

Sandunga, sintiendo impotencia, le ofreció su tararira de consuelo, la cual Achugar aceptó con cara de milgracias.

Stefi Pons sentó a Dardo en un puff y comenzó a hacerle un footjob. Sonreía el desgraciado, de la dicha. Los dedos hermosos de los pies de Pons masajearon el glande, que parecía un tomate, formando un anillo de presión que subía y bajaba. Mientras, con las manos, se acariciaba las tetitas diminutas.

Berta acabó dos veces más, Villalonga cuatro. Las fuentes se fusionaron empapando casi por completo sus cuerpos. Se abrazaron como hermanas, y las tuvieron que ayudar a incorporarse, pues sus piernas parecían serpentinas al viento.

La Pirata Manrique se estaba enamorando de Barceló. Esta pareja ya no sólo tenía sexo. Estaban apartadas piel con piel. Se lamían cada rincón. Estaban haciendo el amor. Nidia era la dominante, pero también estaba aturdida ante la belleza de su amiga. Por eso ambas lamentaron cuando su jefa, que todavía tenía la vulva goteando, las separó para hacer la guardia.

Ahora Barberón quería chuparlas a ellas. Al parecer se había excitado con la escena de pasión.

-Las voy a comer, una a una... -anunció, con ojos fulgurantes. Y, como si estuviese ante su platillo favorito, se pasó la lengua por los labios.

Pamela Ozalán y Rudi Otálvaro entraron raudos, como si ya vinieran de otro quilombo. Pamela estaba tatuada en los brazos, llevaba un látigo en la mano que llegaba hasta el suelo, y lencería de cuero negro brillante con cadenas. Rudi, jovencito, de baja estatura, y cara de nada, posó su vista fija en el Vampiro Alonso. Intuyó, de inmediato, que llegar a él sería difícil y peligroso, como robarle los huevos a una pitón. Pero tenía un plan.

Al ver el látigo de la nueva mujer, a Beto se le dibujaron estrellas en ambas pupilas. Siguió mamando con fuerza el pedazo de Rogelio, pero no le perdió la pista. Ozalán se paseó como una modelo. Maestra en erótica. Tita paró de devorar un instante la vagina de Nidia, y la miró de soslayo, vislumbrando

una rival. Pero fue Magela, que luego de mucho rato volvía a estar en pie, esperando turno, quien salió elegida.

-Ese culo es un abismo... -reconoció Pamela en un susurro, sin por eso quitar su cara altanera.

-Y anhela quedar rojo.... -repuso la Pirata, y se puso en cuatro.

-Así me gusta...

La turca Ozalán comenzó con golpecitos suaves, como de práctica. Luego cada tanto daba uno duro.

-Ay -gritaba Magela, aunque sonreía.

Otálvaro se armó de paciencia. Paso a paso. Sin dejar de observar al Vampiro -que se ve que intentaba desfondarle el recto a Daisy - se dirigió a Sandunga, que le cogía la boca al Oso Achugar. Les mostró una verga inopinadamente grande.

-¡Jelou! -dijo Beto, y sin dejar de mirarlo le dio un besito al glande de Rogelio.

-¿Querés? -preguntó Rudi.

-Sí. -dijo con sinceridad el Oso.

-De hecho yo también... -reconoció Sandunga, sonrojándose levemente.

Ambos veteranos se turnaron para mamar el socotroco del cara le nada.

A Dardo se le salían los ojos de las órbitas. El footjob estaba en su punto cúlmine. Pons veía venir el surtidor, e hizo una risita ladina. Vistió y desvestió con suavidad el pionono, lleno de venas.

-¿Querés pintar mis deditos? -susurró, y Fleitas le lanzó una mirada de piedad.

El hombre graznó, acaparando un instante la atención, y un chorro de leche cubrió los piesitos de Stefi.

No obstante, el pionono seguía como una tabla, así que la chica se limpió con toallitas, y levantándose apenas la corta pollera, se sacó el calzón rosado.

-Y ahora cabalguemos...

Las nalgas prominentes de Manrique ya enrojecían. Mientras daba chicotazos sin cesar, la turca se introducía un elegante dildo plateado en su angosta cavidad vaginal, y lanzaba

miradas severas a su alrededor para que nadie osara acercarse.

Barberón frunció levemente el ceño. Ya había terminado con Barceló, que yacía en el suelo con los ojos vueltos hacia adentro, al parecer atravesando un orgasmo cervical, y ahora no podía acceder a su otra esclava. Dio un paso hacia la puta ama, pero se ganó un latigazo en la mejilla. Pero esto no la enfureció. Más bien la hizo comenzar a fantasear con una Pamela sumisa, que estuviera a merced de su lengua.

-Todo a su tiempo -dijo en voz casi inaudible, y al darse vuelta se topó con Otálvaro.

-¿Querés? -repitió el muchacho, que ya había dejado con las caras pintadas a los dos viejos.

Berta le agarró el socotroco, sin impresionarse, como si en realidad tomara la cosita de un adolescente virgen. Se lo acercó a su enorme y pulposa vulva y frotó.

-Nada mal... -concedió, arrugando la frente - ¿Querés metérmela en el culo?

Otálvaro se encogió de hombros, antes de musitar:

-¿Algún consejo para llegar a él?

Señalaba a Milton Alonso.

-¿Al Vampiro? -inquirió Tita - Je je je... me parece que te falta comer mucha polenta, botija...

Daisy acabó en el suelo, dejando un charquito blanco. Alonso desistió al fin, extrayendo el pene de goma. Luego obligó a Urrutia a mamarlo. Entre gemidos y arcadas, la chica obedeció.

Nidia, Beto y Sandunga estaban en cuclillas, recuperándose. Estér se inclinó para ver cómo estaban, y Otálvaro la ensartó de atrás.

-Aaaay -se exaltó la vieja - ¡Joven, no le enseñaron a golpear antes de entrar!

Rudi cogió las celulíticas nalgas de Villalonga por espacio de una hora, hasta que la reblandecida pidió tregua, o al menos mudarse a un sofá.

Así lo hicieron, colocándose junto a Stefi y Dardo, que cabalgaban con los ojos cerrados. Pons cada tanto se pasaba las manos por los pies, para extraer restos de semen que las

toallitas no habían podido limpiar, metiéndose luego los dedos en la boca hasta la campanilla.

Fue aquí cuando se abrieron por última vez las puertas, y apareció un chico, con cara impertérrita, que llevaba una mesa con ruedas, sobre la cual había dos grandes ollas.

Los fiesteros quedaron en vilo un instante, hasta que Corcho Palacios, que así se llamaba en joven, levantó las tapas de ambas cacerolas: En una había un arroz con leche con abundante canela; y en la otra un chocolate fundido.

Sandunga y Barceló silbaron de felicidad, saliendo de su marasmo, y corrieron hacia el chef.

-¡Bendito seas! - dijo el Oso, llenando de besitos las manos de Corcho- ¿Qué querés que te haga, gurí? ¡Lo que sea, lo que sea!

-No, nada, nada -se atajó Palacios, poniendo cara de asco.

-¡Pero te chupo el culo! -insistió Beto, procaz - ¡O buscamos una chica! ¡Hay de todo en esta partusa!

-No, en serio, en serio -aseguró Corcho, con firmeza -. Me contento con quedarme acá mirando...

Casi todos quedaron atónitos con la decisión del recién llegado, pero no tardaron en desentenderse y volver a sus juegos.

Rogelio Sandunga se sirvió una rebosante taza de arroz con leche, y lo tomaba tranquilo, sentado en una silla, de piernas cruzadas. Cada tanto, gotitas de la leche de Otálvaro, que se le escurría por la cara, iban a dar al postre, pero el hombre no tenía manera de distinguirlas.

Nidia, como asumiendo que nadie más quería chocolate, se apropió de la olla, y, en un rincón estratégico, comenzó a bañarse en él.

Magela Manrique suspendió de golpe sus ayes, al levantar la vista y ver a su amor, con el cuerpo todo marrón. Ni la tenebrosa mirada de advertencia de la Turca Ozalán fue suficiente para evitar que la Pirata se pusiera en pie, y fuera hacia allá, con las nalgotas escarlata subiendo y bajando.

Pamela mostró los dientes, y dio un latigazo al aire, pero al doblar se encontró cara a cara con Roberta. Las rivales se

midieron al instante, achinando los ojos. Y cuando todo hacía pensar que se agarrarían de las mechas, se metieron las lenguas hasta el esternón.

Dardo Fleitas se corrió hasta cuatro veces en los pies de Stefi, y otras tantas en las chatitas. Entonces Pons exigió al hombre que lamiera las mismas, encremadas como estaban. Dardo dudó. Pero al ver a su alrededor, y notar la anarquía y el desprejuicio de todo mundo, dijo:

-Todo se debe probar...

Y se llevó una chatita a la boca, mientras Stefi largaba una carcajada atronadora.

Otálvaro se vino, casi sin darse cuenta, dentro de la reblandecida. Miraba sin parpadear al Vampiro, que al parecer se disponía a sacarse el arnés, y quedar disponible por primera vez en un largo rato.

Estér se babeaba, enceguecida.

-Debo haber sido una excelente madre, y una mejor esposa... Si no, ¿cómo se explica esta racha excelsa?

Beto anhelaba, más que nada en esta vida, hacerse coger por Corcho Palacios, pero este se mantenía impasible, y cuando se le ofrecía placer insistía en que sólo deseaba mirar, que no tenía intención alguna de participar. Pero entonces Daisy ofició de salvadora. Condujo a Achugar a un sillón deteriorado, y le metió el palo en el rabo.

-Es un espectáculo, un espectáculo... -sentenció el veterano, orgulloso de formar parte de la velada.

Otálvaro esquivó a las amantes, que, en un charco marrón, estaban de nuevo a tijeretazo limpio, y se enfrentó finalmente a Milton.

El Vampiro lo miró de pies a cabeza con altivez.

Rudi se desesperaba por encontrar las palabras necesarias para asegurar el éxito de su empresa. Al fin, decidió confiar en su frase, hasta entonces infalible:

-¿Querés?

Alonso miró el socotroco, y por un momento pareció que iba a estallar en risa, pero fue ladeando lentamente la cabeza, hasta terminar arrugando la frente.



-Es tu día de suerte... -murmuró, y señaló con un dedo femenino el sofá que ahora estaba completamente libre.

Otálvaro corrió hacia allí como imantado, y lo esperó puchereando de la emoción.

El Vampiro se acercó con solemnidad, y, haciendo casi desmayar a Rudi, se quitó la camisa de oficina, sacando a relucir las tetas más hermosas de la historia de la humanidad. Eran de un tamaño ideal, ni tan grandes ni tan pequeñas, con pezones adorables y en punta, con puntitos formando círculos concéntricos. Los senos de una doncella inalcanzable.

Otálvaro la tomó como a un talismán, subiéndola, y comenzó la compleja tarea de introducir el socotroco en la jungla de venus. Mientras ambos buscaban los labios, y luego el buraco, Milton no pudo evitar dar señales de placer.

-Putá madre, no lo entiendo... -susurró para sí; y luego abrió bien grandes los ojos, en un gesto netamente femenino, cuando sintió el luengo pene ingresar en su cueva casi invicta.

Rudi Otálvaro dejó escapar una lágrima de cada ojo, y comenzó a trabajar.

-¡Despacio!... -rezongó Alonso, con la voz más hombruna que le fue posible. - ¡Y qué esperarás! ¡Chupáme las tetas!

El muchacho, que no lo había hecho aún por miedo a parecer insolente, y arruinarlo todo, se llevó aquellos pechos oníricos a la boca, y ya no los abandonó.

Berta Barberón y la Turca Ozalán llegaron a un acuerdo democrático con respecto a los latigazos, turnándose cada cinco minutos. Aunque ambas aspiraban al título de 'puta ama', se respetaban.

Rogelio Sandunga observó a las mujeres azotándose, mientras terminaba su postre. Siguió recorriendo el panorama, y vio a su amigo Beto Achugar culiando con Daisy Urrutia. A Nidia Barceló y a Magela Manrique amándose entre chocolate. A Estér Villalonga que se había quedado dormida en el suelo, con una mano llena de semen en la boca, que se acababa de sacar de la concha. A Dardo Fleitas metiéndose de todas las maneras posibles los pies y las chatitas de Stefi Pons en la boca. A Rudi Otálvaro llenando por primera vez la cueva del Vampiro Alonso,

que en respuesta le clavó los colmillos en el cuello. Y finalmente a Corcho Palacios, mirando todo, manso, inexpresivo, junto a la mesa.

Fue hasta éste, y, consciente de su asexualidad, le palmeó simplemente un hombro, y le dijo:

-Después del de mi madre, es el arroz con leche más delicioso que he comido.

Luego dejó el vaso vacío con la cucharita dentro, y cazó la tararira.

**Alrededor de la piscina** es una novelita que empezó a publicarse en **Isla #7** y seguirá en futuros números de la revista. Aún así, este fragmento ha sido seleccionado para que por sí solo tenga cierta coherencia e interés :)

¿Qué carajos?

Hasta este día, Silvia hubiera dicho que despertar con la sensación de ¿qué carajos? era algo propio de las mañanas – o tardes – de resaca. Pero anoche, que ella recordara, se mantuvo en estado de sobriedad total. Apenas si había fumado un cigarrillo de su propio paquete – inadulterable – y había tomado inocentes copas de agua – insípida, inodora e incolora. A no ser que haya sufrido una intoxicación por verduras mal lavadas en ese karaoke decadente, todo lo que recuerda es real, y todo lo que sintió es responsabilidad enteramente suya.

Bueno, tampoco es para tanto. No pasó nada.

En el sentido estricto de no pasó nada, pasaron muchas cosas.

¿Qué pasó?

Silvia decide suspender esos pensamientos hasta estar sola en el baño. Es madre. Tiene una hija que atender.

Pero la cama de la hija está vacía y hay un papel sobre ella, con la letra grande e irregular de Eugenia. A Silvia se le va el corazón a la garganta por un milisegundo.

**Alrededor de**  
**la piscina**

Nathalie HC

“Mami, ¡qué trucho escribir notas en papel! Creo que nunca lo había hecho. Te dije que hoy vamos a pasar el día juntas y es verdad – pero no doy más de hambre!!! Te espero abajo DESAYUNANDO. Mua”

Podrías haberme despertado. Silvia mira el reloj. Ya son más de las diez y el desayuno va hasta las once. Le queda poco tiempo para alcanzarla, así que no puede entretenerse en cavilaciones frente al espejo.

¿Qué pasó?

Lo que Silvia siente que pasó, mientras se lava los dientes, es que tuvo una cita con su ex. Que ni bien empezó la noche se encontraron con su actual (que no es una yegua, ni es aburrida, ni es del todo una pesada) y que a ella aquello de la cita no pareció molestarle. Pero seguramente estoy confundiendo las cosas. Seguramente salimos como amigos. Sí, no tiene nada de malo ser amiga de tu ex, y llevarte bien con su esposa e ir a comer todos juntos. Lo que Silvia siente que pasó, mientras se pone el corrector de ojeras, es que tuvo una cita con los dos. Pero eso es imposible porque esas cosas no pasan, y a ella no le gustan las mujeres, y Noelia es demasiado mayor para andar en eso y Gerardo se ha vuelto un gordo agrandado.

Silvia pulsa el botón del ascensor preguntándose por qué la palabra depravados se le vino a la cabeza, y sintiéndose por primera vez en el día (o segunda, si vamos a los tecnicismos) una vieja chota.

Pero más serio que todo esto es lo de Eugenia. Le mintió. O hubo una confusión. Cualquiera sea el caso, está tomándose muchas libertades y eso puede ser peligroso. No sabe cómo hacérselo entender sin que se sienta disminuida, o peor aún, que se rebele y empiece a hacer cualquier cosa. Igual, ¿qué tanto puede hacer?

A veces le asaltan esos pensamientos horribles. Como si Eugenia fuera una gallina con las alas cortadas, que por más desesperada que esté, no puede llegar lo suficientemente alto para saltar el tejido de alambre. Como si no pudiera divertirse, socializar, enamorarse y mandarse cagadas. Pero de todas esas cosas (Silvia ya lo sabe, tiene que recordarlo), Eugenia es completamente capaz. Y hacerla sentir disminuida sería un modo muy bajo y muy cruel de controlarla. ¿Qué mierda está haciendo con esa gente?

En cuanto entra al comedor, los ve. Eugenia está cabeza con cabeza con Noelia, mirando un celular, muy entretenidas. Frente a ellas, Gerardo come melón, cortándolo en cubitos.

– Buen día.

– ¡Buen día, mami!

Silvia besa a su hija, pero no se acerca a los demás.

– ¡Muy buenos días! ¿Dormiste bien, querida?

Noelia la saluda radiante. Parece dispuesta a una larga charla llena de chistes, e incluso a planear un día juntas. El saludo de Gerardo es más escueto y opaco, aunque le dirige algo parecido a una sonrisa. Tiene cara de estar agotado.

– Apurate a traer algo de comer mami, que se llevan todo. Torta de chocolate no queda más.

– Nosotros nos vamos – Gerardo se para. Le extiende la mano a Eugenia como cuando se conocieron.

– Bueno, sí, es un poco tarde. – Noelia le da un beso afectuoso a Eugenia, y luego otro a Silvia sin que ella responda demasiado. Igual, la veterana parece inmune a la indiferencia – Chau, querida. Chau, bella. Sabía que era una chica buenísima. ¡Re lindo conocerte, dulce! Bye! –. Se va caminando de espaldas,

tirándoles besos, y se choca una mesa. Gerardo la espera en la puerta con una mirada paternal.

Eugenia se ríe y guía a su madre a la mesa donde están servidas las bandejas y jarras del desayuno.

– Está de la mente esa señora. Tiene cámaras instaladas en su apartamento para ver cómo están los gatos cuando ella viaja ¿podés creer? ¡Son como siete! Recién los estábamos mirando, en vivo.

Silvia empieza a servirse cosas de la mesa en un plato, sin mucho criterio. Está desorientada.

– ¿Y vos por qué estabas con ellos? ¿Te invitaron?

– No. Me pareció raro que el tipo estuviera con una mujer y me senté cerca de ellos a ver qué onda. ¡Yo creía de que él estaba saliendo contigo! Y los escucho, que chiqui esto, chiqui lo otro... Lo saludé a él y ahí les empecé a sacar tema, para confirmar. – Eugenia mira a su madre, esperando que ella complete la información. – Y vos ¿qué onda? ¿sabías que era casado?

– Sí, pero no me lo digas así, barbie detective. Ya te dije que no salimos en ese plan. Es más, fuimos a comer los tres juntos.

– Ahhhh. Llevate un poco de aquella fruta para mí, mami.

– ¿Esta?

– Sí, no sé cómo se llama. Gracias. ¡Qué boluda...! Yo re pensé que este tipo gustaba de vos, que te estaba chamullando...

Silvia mira a su hija de refilón. Tiene la sensación de que algo no la convence. Vuelven a la mesa y se ponen lado a lado.

– ¿A vos no te pareció igual? ¿No te parece que gusta de vos? Porque perfectamente puede andar de trampa – Eugenia pela la fruta con pasión, como desollando a los infieles del mundo –. Pero si fuera así no te va a invitar a cenar con su esposa ¿no?

– Tendría que ser muy psicópata, hija.

– Sí...

– Allá él. Nosotras tenemos un tema pendiente.

– ¿Qué?

– ¿Qué hiciste anoche?

\* \* \*

Tali sonrío mientras escucha el relato.

– ¿Sabes que te veo, no? Contando todo tranquilita, sin que se te mueva un pelo.

– El secreto de mentir... – Eugenia se da cuenta de que con la cara encastrada en el agujero de la camilla, su elocuente frase no va a tener el impacto deseado. Por eso, levanta cuello erguido y por unos segundos se reencuentra con la luz tenue de esa habitación perfumada – El secreto de mentir es decir la verdad.

– Ay, ella, ¿por qué no te dedicas a estafar millonarios?

Tali puede disgregar la expresión de las partes de su cuerpo. La voz es burlona y cómplice como una guiñada: pone su altura moral levemente por encima de la de su clienta recurrente. Las manos, en su propio universo, dan el masaje firme y suave, al borde de la idolatría.

Eugenia también va y viene entre dos mundos: ahora presa de los placeres en su espalda, quiere volver a la mente y contestar a ese chiste con algo regio, dentro de su personaje.

– Creo que podría ser estafadora. La lisiada tiene un plus de credibilidad invaluable.

– No digas eso...

– Puedo decir lo que yo quiera.

Tali siente volver a tensarse bajo sus dedos los músculos que tanto le costó aflojar.

– Ya... tienes razón. – pero esos nudos en la zona lumbar, innegable resultado de una vida en la silla de ruedas, no le parecen material para comedia.

Esto salió mal. La conversación está a punto de disolverse en la incomodidad. Eugenia lo intenta de nuevo:

– Pero si te fijás, Tali, la parte central de mi discurso es completamente cierta. No fui al karaoke porque era un lugar aburrido lleno de viejos, y me fui al cine.

– ¿Pero no le habías dicho que era para menores de veintitrés?

– Para que no insistiera en ir juntas. – y hace que su voz salga más aguda para imitarse a sí misma – ¡Me confundí! En realidad el karaoke era desde la hora 23

– Sí, sí, eso suena como algo que una niñita mimada diría. ¿Y cómo supiste que tu mamá iba a ir a buscarte?

– Era una simple sospecha. Pero el señor que salió con ella me lo confirmó, antes de que mamá bajara a desayunar. A todo esto, ¿te gustó la película que elegí?

– Me encantó. ¿Y a tí?

– Lo mejor que vi en mi vida



– Qué exagerada. A ver, vamos a darte la vuelta... – esto es algo que Eugenia podría hacer sola, pero se deja ayudar. En unos segundos está boca arriba, con el torso descubierto, dispuesto a brillar y ser tocado. Cuando puede ver los ojos de Tali, suspira.

– Pobre mamá, te la estoy pintando como una estúpida. No vayas a creer eso.

– No creo que ella sea una estúpida. Creo que tú eres una psicópata – Tali la pellizca en la cintura y la toma desprevenida.

– ¡Auch! Nena, no se le puede hacer eso a una clienta.

– Discúlpeme, señorita – la profesional retoma el masaje. Lleva las manos por los costados desde la cintura a las axilas –. No volverá a suceder – encastra los dedos en esa unión y se deja pinchar por unos vellos florecientes. Sus pulgares suben a la parte frontal del cuerpo, e inician su lenta marcha en descenso –. Nunca más le voy a hacer nada que no se le deba hacer a una clienta. – y los pulgares acarician a su paso, casi por completo, las tetas de Eugenia, en un movimiento que omite rigurosamente los pezones, como si las aureolas rosadas fueran el acordonado de una zona radioactiva.

– A vos no te sale mentir, Tali.

– No – y le da un lametón rápido y cargado de saliva a cada pezón. Las dos se ríen mirándose a los ojos.

– Es tarde, linda. Se nos pasó la hora.

– ¡Ay, me cago en la mierda! – protesta Eugenia, y le resuena en ese impropio la voz de su mamá, que debe estar mirando el programa de preguntas y respuestas, sola, en la habitación. Tali la ayuda a sentarse en la camilla. Empiezan, juntas, a secarle el aceite del cuerpo.

\* \* \*

La punta de la lengua, la parte más idónea para esto, presiona el montículo de azúcar y grasas saturadas hasta deshacerlo, o mejor, hasta fusionarlo con la saliva espesa, por ahora caliente, con la que luego parte en dos tsunamis simétricos, ya fríos, en dirección a la garganta. La lengua se encuentra con la cuchara y disfruta incluso de ese sabor metálico antes de empezar a buscar los restos de helado. La presión se vuelve fuerza de succión y Silvia se da cuenta de que, aunque suelte la cuchara, no se va a caer.

Todavía siente sus piernas como un par de elásticos estirados más allá de sus capacidades, a los que un tirón intempestivo revive cada tanto. Recuerda la imagen que la impulsó a masturbarse: ella misma en el espejo. Estaba estrenando la paleta duotono de su piel marrón (bronceada tras la tarde en la playa) y la bata rosa (aún con olor a tienda, pero gruesa, abundante; en el espejo, glamorosa).

Al principio las imágenes eran autocontenidas, o impersonales. Pensaba, por una parte, en su belleza. La presente y la pasada. La del día en que se había descubierto. Por otra parte pensaba en el placer en sí mismo, como una niña. Se inclinaba hacia ese placer asexual, limpio y sobrehumano que tenía la gracia de conocer, que vivía dentro de ella y se escondía de todo lo mundano.

Solo en la meseta, cuando ya no era responsabilidad suya, apareció la primera imagen de Gerardo. Le molestó. Era un recuerdo de cuando eran chicos y chuponeaban fuerte, y tener espacio y tiempo para estar solos era como ver pasar una estrella fugaz. Se habían perdido de pedir muchos deseos por ignorar el cielo revolcándose al aire libre. Habían pasado largas sesiones separados, cada uno en el baño de su casa, aprendiendo a cepillar sus jeans embebidos en clorofila.

Sonó como si fuera música ese movimiento brusco de las cerdas en el tejido, con la espuma verde, delatora. Sintió la presión blanda en sus rodillas, ancladas en el suelo humedecido, y le molestaron las capas de ropa que separaban su concha de la erección ansiosa de su novio. Deliberó otra vez, en tiempo real, y tomó la decisión de deshacer esos cierres y botones.

Aspiró el olor a sexo de sus manos (primero el dulce, propio, conocido; después la gama de acres que le habían ofrendado) y sintió ese mismo olor en el aire de la habitación, en la habitación de la casa de sus padres, en los terrenos baldíos de su barrio y en el mar, el mismísimo mar que está tan cerca.

Alzó las manos al resplandor de una lámpara de techo o del sol de la mañana y las vio dichosas, impecables, indiscutiblemente dignas de ese poder de hacer sentir tan bien a las personas.

El sabor metálico es el ancla que la trae de regreso. Vuelve a verse adolescente pero distorsionadamente frágil, esquivando la vigilancia de las hermanas, inventando excusas para la mamá. Baja una persiana de metal entre esa inconsciente y ella misma, y se saca la cuchara de la boca. Tiene la lengua entumecida.

– ¿Pediste helado?

Una versión alternativa de Silvia joven entró a la habitación. Quedaron mirándose un momento. De verdad era como si Diosa hubiera creado una, evaluado el resultado, y vuelto a intentar. Eugenia se forjaba en el taller de las humanas tras mínimos retoques al molde de su madre. Osada, bonita, demasiado cool para este mundo, y con medio cuerpo paralizado por el original encuentro entre dos vértebras.

– Te guardé el tuyo en el frigobar... se habrá derretido. – Silvia se estira para alcanzar la puerta del aparato. Saca un pote y lo mira con reprobación – ¿Querés que pida otro?

– Mamita – Eugenia le saca el pote de las manos a su mamá, y también la cuchara que ella estaba usando – no hubieras pedido nada. Me lo pedía yo cuando llegara y listo. – también mira el helado con mala cara. Aunque ya casi todo es una mezcla uniforme, algunas zonas de color puro denotan que es de frutilla, chocolate y crema, exactamente su combinación de cabecera.

– Cuando eras chiquita siempre derretías el helado revolviéndolo

– Sí, pero una cosa es hacerlo a propósito y otra es agarrarlo derretido – Euge revuelve la sustancia un par de veces y después empieza a beberla, directamente del pote. En una pausa, señala a su mamá con la cuchara –. ¿Ya estrenaste?

– ¿Qué cosa?

– ¡La bata!

– ¡Ah, sí! – Silvia está cerca del espejo y vuelve a evaluar cómo se ve desde atrás

– Te queda bien, me gusta pila.

– ¿La querés? Te la regalo – dice Silvia instantáneamente. Enseguida se acuerda de que se acaba de masturbar en esa bata y se pone colorada –. Aunque hay que mandarla a lavar, hiede a shopping.

– ¡Ay, mamá! – Eugenia deja el pote vacío en una de las mesas de luz, haciendo mucho ruido – ¡Vos la querés! ¡No seas pesada!

María agarró el pene erecto de Carlos y lo colocó en su boca. Lo succionó con fuerza, mientras presionaba los testículos intermitentemente. Ella se había arrodillado sobre la alfombra árabe, como le gustaba a él, llevaba una pollera cortita con el camuflaje militar que tanto lo calentaba. María sabía perfectamente cuándo Carlos estaba por eyacular, hacía mucho que lo veía desde abajo en sus movimientos y contorsiones. Siempre la obligaba a tragarse todo el semen. Ese día María lo tenía claro: primero sobarlo y en el momento justo, zas! Se incorporó rápidamente y con el cuchillo tramontina que había dejado bajo la alfombra, le cortó la yugular en un movimiento limpio. Carlos se desplomó lentamente desde la silla de roble, hasta caer sobre la alfombra árabe con su miembro descubierto y flácido.

-Es la última vez hijo de puta-, susurró María mientras se dirigía al mueble donde había visto a Carlos guardar la plata tantas veces. Cinco años de escort del Coronel Retirado Legani.

-Nunca más hijo de puta-. Llenó el bolso con los billetes, le sacó el reloj, la alianza y la cadenita de oro macizo al cuerpo obeso y arrugado del Coronel Retirado. Buscó la caja que tenía debajo de la cama y digitó el número del ábrete sésamo. Salió de ahí y no pensó en nada más. Nunca más humillaciones. Se tomó el 128 y en el ómnibus se confundió con la masa anónima de gente, se sentía a gusto. Llegó 15 minutos antes de la hora de salida de Leandro, y allí

# Por dos pesos muertos

Mauricio Garolfi Santos

estaba Raquel, la madre de Nico, compañero de Leandro. A Raquel le encantaba hablar de sus pequeños problemas domésticos, del clima y de las otras madres de la escuela. María la escuchó sin oírla, cada tanto asentía por puro compromiso, para no despertar preguntas incómodas. Raquel hablaba con la voracidad de quien depende solamente de las palabras dichas para confirmar su existencia, quería hacer saber su opinión a la comunidad, su específico punto de vista sobre todos los asuntos a los que se pudiera referir. Desde los precios de la feria, hasta los chismes del fútbol. Porque Raquel tenía un hijo más grande que jugaba en Rampla y siempre que podía, hablaba de Ezequiel. Lo metía en todo tipo de conversación, al punto que había desarrollado una habilidad especial en asociar un tema cualquiera con algún aspecto de su hijo jugador de Rampla Juniors. Había dado su vida para que su Ezequiel llegara a donde llegó y lo iba a hacer notar. No fue fácil la época del baby fútbol con los costos de los uniformes y sin un padre que pusiera orden. La vida de la madre de un futbolista era una cosa de sacrificio. Mientras María deseaba que sonara la campana, Raquel veía en María a alguien confiable con quien destripar a piacere a todas las madres del 3° B vespertino, los árbitros, líneas y dirigentes de la AUF, los amigos vagos de Ezequiel, sin mencionar a la avivada de Camila, la mujer que se había quedado con su hijo. Y mientras Raquel hablaba, María pensaba en la merienda que iba a compartir con Leandro esa tarde y en la película que iba a ver esa noche. Por fin suena la campana. Raquel se aleja con su hijo/bulto bajo el brazo y aparece Leandro con la moña echa un lío, y unos rayones en la túnica. -Comprar bicarbonato de sodio de vuelta a casa-, piensa María y toma la mochila de su hermano. A Leandro le encanta librarse de ese peso muerto para la vuelta.

# Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

# Ernestino



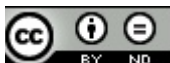
@ernestino

**Alrededor de la piscina** de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional.



*¡Por favor reuse y comparta a gusto!*

**Fiesta de Ernestino y Por dos pesos muertos** de Mauricio Garolfi Santos están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional.



*¡Por favor, comparta!*



 **isla.uy**

 **@isla.uy**

